

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 25 febrero 2015

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 30-51.

*Noi non sappiamo chi era
La mente torna*

Gloria

El trabajo que teníamos para hoy era el segundo capítulo de *Por qué la Iglesia*, en el cual don Giussani toma como punto de partida su constante preocupación metodológica, porque es profundamente consciente de que si nos equivocamos de método no podremos entender. Y si esto es decisivo siempre, lo es mucho más para las cuestiones más urgentes de la vida, como la que estamos afrontando: «¿Cómo es posible, hoy, llegar a una valoración objetiva sobre Cristo que responda a la importancia de la adhesión que pretende?» [¿Cómo puedo tener certeza de Cristo?]. Lo que equivale a decir: "¿Qué método me da la posibilidad de ser razonable en mi adhesión a la propuesta cristiana?"» (p. 30). Todos nos damos cuenta de la urgencia de afrontar una cuestión como esta. ¿Quién de nosotros no desea alcanzar esta certeza? Sorprendemos en nosotros cuánto deseamos esta certeza cuando la vemos en otra persona. ¡Cuánto deseamos tenerla nosotros también! Pero solo nos damos cuenta realmente de la necesidad de esta certeza cuando la vida nos aprieta y sentimos la necesidad de apoyarnos en algo firme para que no nos derrumbe ni nos arrastre cualquier circunstancia. Por eso el objetivo de este segundo capítulo es responder a esta cuestión existencial. Pero existe un riesgo. ¿Cuál? Leer este capítulo como si fuera una gran lección sobre las tres vías de la historia cultural de occidente (racionalista, protestante y ortodoxo-católica) de la que podemos aprender ciertas cosas, incluso un conocimiento útil, pero que no es capaz de resolver la cuestión sobre si puedo llegar a tener certeza de Cristo. Y como resulta igualmente una lectura apasionante, podemos distraernos del objetivo. Pero si lo considerásemos así –don Giussani nos avisa–, el capítulo no sería capaz de contribuir a responder a la necesidad de certeza que tenemos. Añadir un conocimiento cultural no es suficiente para responder a nuestro deseo de certeza; de hecho, no es suficiente con conocer las tres posturas de las que habla don Giussani y describirlas para que se resuelva el problema. Por lo tanto, es necesario que todos nos preguntemos –¿que verifiquemos!– si, trabajando este capítulo, hemos alcanzado más certeza sobre Cristo. Esta es la forma de verificar si estamos haciendo bien la Escuela de comunidad, porque adquirir algún conocimiento de más sería inútil, ya tenemos lo bastante como para vivir sin ello. Bastaría con que cada uno de nosotros, antes de irse a dormir esta noche, se preguntase: ¿qué certeza he alcanzado trabajando este capítulo? Para ayudarnos, don Giussani nos dice que estas tres posturas no son solo tres episodios de la historia cultural, sino que son «los pliegues ocultos que ha asumido la historia de la conciencia del hombre frente al problema que estamos tratando [...] [que pueden] indicar tres modalidades, que pueden ser las nuestras». Como consecuencia, la

verdadera cuestión existencial es cómo podemos sorprender en nosotros estas tres posturas. ¿Qué ayuda nos ofrece don Giussani, práctica, concreta, para que podamos sorprender en nosotros estas tres posturas? No nos aconseja hacer una introspección o un análisis psicológico, porque no serviría; las posturas salen a la luz al «afrontar», dice la Escuela de comunidad, «las circunstancias más variadas de nuestra vida». Es ahí, afrontando las circunstancias de nuestra vida, cuando emerge delante de nuestros ojos, de nuestra conciencia, si tenemos o no certeza de Cristo. Las circunstancias pueden ser de cualquier tipo, «desde un encuentro deseado a la admiración de un cielo estrellado» (p. 31), desde los hechos del terrorismo a un acontecimiento imprevisto.

Cuento un hecho sencillo.
Sencillo pero significativo.

Me dolía mucho una muela y estuve fatal todo el fin de semana. Fui al dentista, que cogió unas pinzas enormes y me sacó la muela. Hacía mucho que no tenía tanto miedo como cuando estaba en la silla del dentista. Cuando salí pensaba en mi miedo, en mi fragilidad. En la última escuela hablaste del miedo. Yo a los veinte años me sentía como un león y no tenía miedo a nada, pero ahora tengo miedo de todo (la salud, los hijos, etcétera). ¿Por qué cuando he crecido no me he hecho más fuerte, sino más débil? ¿Por qué me descubro tan frágil? Y eso que se han cumplido todos los deseos que tenía cuando estaba en la universidad: un marido, un trabajo, una casa, una familia con la que rezar antes de comer. Me descubro cada vez más frecuentemente perdida y frágil, como en la silla del dentista, delante de un montón de circunstancias, a partir de mi trabajo y el de mi marido (que no es tan seguro como nos gustaría) o de los hechos que suceden en el mundo, que al final se quedan como un comentario en internet. Trabajando la Escuela de comunidad, desde el primer párrafo me he preguntado: ¿dónde está el engaño? ¿Cómo es que dejo atrás a Jesús como un hecho histórico del pasado?

Partiendo de la anécdota de la muela, te preguntas: ¿cómo es posible que uno pueda verse cada vez más cumplido y a la vez más perdido? No es que la vida nos trate mal siempre, a veces nuestros deseos se cumplen. Pero esto no es suficiente. Entonces, ¿cómo reconozco cuál es mi postura? Partiendo del hecho de que Cristo no es capaz de quitarme este desconcierto, este miedo. Tú estás aquí, pero muchas veces, ante los desafíos de la vida, Cristo es para nosotros un fenómeno del pasado, que conoces bien, que puedes documentar, sobre el que podrías hablar mucho; pero no está realmente presente. A veces confundimos el cumplimiento de lo que deseamos con la certeza respecto a Cristo. Y sin embargo no es así, pueden verse cumplidos, pero eso no nos da la consistencia que necesitamos para afrontar los desafíos de la vida. Y cuando nos los encontramos delante descubrimos que estamos perdidos. ¿Qué documenta esto? Que existe una forma de entrar en relación con las circunstancias que es racionalista. Dice don Giussani: «De la actitud racionalista [...] podemos participar cualquiera de nosotros». Porque «trabaja [independientemente de nuestras intenciones] sobre la hipótesis de su ausencia» (p. 36). De hecho, delante de las circunstancias yo vivo de una ausencia. ¿En qué se ve esto? En que cuando describo la realidad, no hablo de una

presencia que sea tan determinante en mi vida que cambie mi percepción de la realidad. Entonces nos preguntamos: ¿dónde está el engaño? ¡Y sin embargo pertenecemos al movimiento, estamos aquí lealmente! No es que no estemos, no es que seamos invisibles, no es que no Le veamos actuar. Entonces, ¿dónde está el engaño? En que no es suficiente este estar, si después no hacemos el camino que nos permita alcanzar cada vez más la certeza sobre Cristo. Porque podemos contar un montón de episodios, de hechos –se nos da fenomenal–, pero, como dice la Escuela de comunidad, Dios se queda relegado a una lejanía a la que trata de llegar el esfuerzo del hombre, pero sin conseguirlo, en lugar de percibirlo como Alguien que está junto a él ahora. No es que yo lo haga conscientemente, pero de hecho vivo el acontecimiento de Cristo como algo del pasado, como algo lejano que no determina el presente. Esta es la clave: yo estoy delante de una ausencia, que justamente por esto es incapaz de determinar el presente.

Hace quince días organicé un regalo de Navidad para mi familia, mis suegros y mis padres: unas preciosas vacaciones en un hotel de montaña, para esquiar, como unos señores. La idea original era organizar un plan estupendo también para que yo pudiese empezar a esquiar, a lo mejor los abuelos se ocupaban de los más pequeños...

¡Ya le habías asignado a cada uno su puesto!

Luego, considerando un poco todo, dije: «Esquiad vosotros, yo me quedo con mis padres y con los más pequeños». A la mañana siguiente ves que todos se van a esquiar... es como haber llevado a todos al fútbol, pero tú te quedas fuera del estadio. Así que estaba allí con mis padres y mis dos hijos pequeños. Lo había organizado todo, lo había preparado todo, pero por las noches estaba con un enfado monumental. Había preparado algo bonito, estaba en un lugar precioso, estaba con mi familia, pero estaba completamente enfadado. Y así, después de acostar a los niños la segunda noche, me levanté porque no conseguía dormir. Me fui al salón y no me dormí hasta las tres. Empecé a hacer una serie de razonamientos por los que empezaba a ser evidente que Cristo no estaba, o mejor, yo no lo veía, no comprendía, y pensaba: yo me he encontrado con Él, lo sé todo, pero ahora mismo no tiene nada que ver con esto. Por suerte se terminaron las vacaciones. Mi mujer me dice en casa: «¿Por qué estás enfadado? ¿Qué te he hecho?». Yo la miro y le digo: «Nada, has esquiado». Pero ella no deja de insistir: «¡Tienes que decírmelo!». Pues bien, después de un rato, le digo: «Mira, el problema es que yo necesito que el hecho de Cristo sea para mí algo determinante en la vida, y me falta de tal modo que es lo único que deseo de verdad. Quiero estar determinado por esto, deseo esto». Y mirándola –era el mismo rostro del día anterior– le digo: «Necesito sentirme querido». Es como si hubiese buscado unos fuegos artificiales, es más, había organizado los fuegos artificiales, pero no me daba cuenta y no me doy cuenta con frecuencia de lo que hay, ni siquiera de la cara de mi mujer y de mis hijos.

Y cuando no me doy cuenta de lo que hay, ¿cómo se llama esta actitud? Racionalismo: no veo la realidad tal como es. Puedo tenerla ante mí, pero estoy enfadado incluso en una situación como la que has descrito, no es que haya ocurrido una tragedia, no, todo estaba pensado, preparado, todo había sido querido, los fuegos artificiales perfectos habían sido pensados para pasárselo en grande. ¿Y entonces?

En estos meses, el apremio por lo que ha sucedido, por lo que nos decimos, por lo que vemos a nuestro alrededor –dándome cuenta más o menos–, ha hecho nacer en mí un deseo de estar un poco más en primera línea, mientras que en el trabajo que hago me parece que estoy un poco en la retaguardia. Esta impresión ha crecido en estos meses, también por lo que he visto, pienso por ejemplo en el encuentro con algunos misioneros amigos nuestros. En un momento dado, hace quince días, tuvimos una cena con mi grupo de Fraternidad y les conté todo esto, y les dije que iba a Roma al encuentro con el Papa para escuchar qué tenía que decirnos y cómo podía ser esto una respuesta a este deseo. La cena terminó ahí. Al día siguiente me llega un mensaje de una amiga en el que me decía que la noche anterior había sido absolutamente injusto, y que no me daba cuenta de lo que estaba haciendo y de lo que sucedía –entre otras cosas, ella trabaja conmigo–. Quedé con ella y le dije: «Hablemos de ello». Me ha impresionado porque lo que yo había dicho, mi forma de no mirar, o mejor, de no ver lo que se estaba haciendo y lo que tenía ante los ojos, le había herido de tal manera que su pasión, su forma de mirar, su modo de reclamarme a la realidad me ha arrastrado hasta hacerme ver de nuevo todo lo que ya no veía. Esto me ha impresionado porque, trabajando sobre la perspectiva ortodoxo-católica, he entendido perfectamente que si no hay algo que me lleva a mirar a Cristo de nuevo, todo sigue siendo verdadero para mí, pero queda relegado al pasado. De hecho vivía de una alternativa, o, en cualquier caso, albergaba en mí la posibilidad de una alternativa que habría sido un poco mejor que la realidad verdadera. O bien me veía arrastrado por mis sentimientos, por mi «qué bonito habría sido hacer esto», que me emocionaba más. Me ha impresionado que, en cambio, he vuelto a ser situado frente a la realidad, y ha renacido también la respuesta al Señor: acepto lo que me pidas que haga porque Tú estás presente. Y me he dado cuenta de que esto es lo que ha sucedido con lo que has escrito y dicho a lo largo de todo el año (Ejercicios de la Fraternidad, Manifiesto sobre las Elecciones europeas, artículo de Navidad, carta con motivo de peregrinación a Roma, artículo sobre los sucesos de París). Tu forma de mirar me ha arrastrado dentro de la realidad, hasta hacerme ver lo que no veía.

¿Y qué es lo que demuestra esto? Porque aquí está el meollo de la cuestión: si Cristo es un hecho presente que hace posible que yo pueda mirar la realidad; en caso contrario, acabo cayendo en una mirada reducida de la realidad. Pero la cuestión es que todos estamos inmersos en un lugar, no es que todo desaparezca y nos volvamos de repente espiritualistas e intimistas –como dicen algunos–; no, todos nosotros estamos rodeados por la realidad de una compañía. Sin embargo, esta compañía no determina nuestro modo de estar en la realidad, hasta el punto de quitarnos el miedo, de quitarnos el desconcierto y de acompañarnos cuando las cosas no van como habíamos pensado. Si no consigo ver ni siquiera lo que está sucediendo ante mis ojos, ¿dónde está el engaño? No es que la realidad haya desaparecido, de modo que un instante después te conviertes en visionario, sino que simplemente empiezas a ver lo que gracias a esa persona se ha introducido.

Así es.

Pero si no acojo la Presencia en mi vida de tal modo que determine mi actitud con respecto a la realidad, la reduzco a un hecho del pasado o a un fenómeno sentimental, espiritualista o intimista, protestante (aunque lo “sienta”, no determina mi forma de estar en la realidad). Lo que es verdaderamente decisivo para alcanzar la certeza sobre Cristo es verle en acción en la forma con la que afronto, como dice Giussani, las circunstancias de la vida, «desde un encuentro deseado hasta la admiración por un cielo estrellado», todo. Porque todo sucede ante nuestros ojos –no es que suceda para algunos y para otros no, no es que algunos estén fuera de la realidad y otros dentro; no, todos pertenecemos a la misma realidad, pero si la Presencia (como dice la Escuela de comunidad, «una presencia integralmente humana») no es capaz de determinar la vida, la vida no “estalla”, es decir, no se cumple. Basta con que llegue Él, como decía por analogía la canción de Mina, y la mente vuelve, el corazón palpita. La cuestión es: ¿qué puede facilitar esto? ¿Cómo podemos crecer cada vez más en el reconocimiento de lo que está ante nosotros? ¡Porque está, y de qué manera! Dentro de poco veremos cómo el último en llegar lo ve, ve cosas que están ante nuestros ojos, pero que no vemos.

En el segundo capítulo de Por qué la Iglesia don Giussani subraya continuamente que el acontecimiento de Cristo se revela en una presencia integralmente humana, y que solamente podemos toparnos con Él a través de la comunidad de los creyentes, la Iglesia. Hasta hace algún tiempo yo estaba convencidísima de que debía de tener una certeza sobre Cristo que superase la concreción de las personas, de los amigos y de la comunidad, para individuar un factor común sobre el que construir una certeza. Esto porque, si estoy en la planta del hospital sin los amigos o sin mi novio, si no puedo llamarles en ese momento, tengo que poder estar en cualquier caso en el hospital con mis dificultades descubriendo qué puede haber de bueno ahí. Tengo que apostar por las enfermeras que están ahí, por los pacientes, por los médicos, no es que haya alguien que lleve colgado el cartel de “cristiano” o de “cielino”, solo estoy yo. Tiene que haber algo que me permita mirar la realidad partiendo de una hipótesis buena, que me reclame a la grandeza, aunque no estén a mi lado esos rostros concretos y precisos. Dicho esto, hablaba de ello con una amiga que me decía que si no parte de los amigos, de las personas que sabe que le quieren, si no vuelve concretamente a ellos, le cuesta mucho volver a ponerse en marcha. Yo me dije a mí misma: bueno, veamos si esto es más verdadero. De hecho, yo también necesito esa concreción, necesito ver a los amigos, estar con mi novio, y no me basta con pensar en ellos. En estas últimas semanas en las que, por determinadas circunstancias, me he visto más necesitada que nunca de hechos concretos, me he dado cuenta sin embargo que a menudo tengo expectativas con respecto a las personas, como diciendo: si Cristo pasa a través de estas personas, entonces yo espero lo máximo, espero que me transmitan un bien absoluto, deseo un bien absoluto. Sin embargo, no siempre es así. Incluso la persona que me quiere es un hombre que se equivoca y que necesita atención. ¿Cómo puede ser entonces la comunidad de los creyentes, más allá de los límites de cada uno, la presencia objetiva de Cristo? ¿Cómo mirar a la comunidad sin un buenismo de fondo (como es la expresión de Cristo, entonces todo está bien, aunque haya alguien que no me soporte), o sin la pretensión de que responda hasta el fondo a mi necesidad?

En tu opinión, ¿cómo podemos estar seguros de que la comunidad de los creyentes es la presencia objetiva de Cristo? ¿En qué podrías reconocer que es Cristo? Te planteo una pregunta quizá más sencilla: ¿en qué podían reconocer Juan y Andrés a Cristo el día que le conocieron? ¿Podían reconocerle en algo?

No.

¿Lo ves? Esta es la clave. ¿Lo veis? Este es el *quid*: «¡No!». ¿Acaso podía la mujer de Andrés reconocer que su marido se había encontrado con Alguien objetivamente distinto?

Sí.

Giussani lo dice, como habéis visto en el vídeo del *Corriere della Sera*: «Pero Andrés, ¿qué tienes? Estás distinto. ¿Qué te ha pasado?» («*Don Luigi Giussani 1922-2005. Su pensamiento, sus discursos, su fe*», suplemento mensual, *Corriere della Sera*, 21 febrero 2015). ¿Estaba Jesús con Andrés en el momento en que este abrazaba a su mujer? No. ¡No! Pero, ¿en qué se podía reconocer que Andrés se había encontrado con una presencia objetivamente distinta de todas las demás? ¿Qué signos pudo identificar su mujer? Esto es lo que nos cuesta reconocer. Lo repetimos, nos lo contamos unos a otros, pero no nos damos cuenta. Por eso, cuando luego no tenemos a los demás a nuestro alrededor, pensamos que estamos solos. Pero Andrés, ¿estaba solo cuando estaba frente a su mujer? ¿O era un Andrés distinto, totalmente invadido, determinado por la presencia de Cristo, una presencia objetiva? ¿Sí o sí? Solo puede reconocerle a Él quien tiene experiencia de esto. Porque, como veis, todo esto está a nuestra disposición, lo habéis visto todos en el vídeo, hemos escuchado un millón de veces a Giussani contárnoslo, incluso lo hemos leído. Pero es como si Andrés, abrazando a su mujer, fuese tan solo un episodio anecdótico, ejemplar, pero que no tiene nada que ver con nosotros. ¡No! Ese Andrés era él mismo por entero, pero completamente distinto. ¿Cómo podía entender Andrés que la presencia objetiva de Cristo estaba con él aunque no le tuviese físicamente al lado? Su mujer no tuvo necesidad de que Jesús estuviese ahí con ellos, porque lo había entendido todo por la forma con la que Andrés la había abrazado. Lo mismo, amiga, pasa a través de ti cuando miras a tus enfermos, y la gente te pregunta: «¿Por qué les miras así? ¿Por qué les tratas así? ¿De dónde nace esta mirada?». Cristo está impregnando y determinando de tal forma tu mirada, tu forma de estar, tu forma de estar en la realidad, ¡que lo ven hasta las piedras! Entonces, teniendo esto en la mirada, puedes responder a tu pregunta sobre la comunidad de los cristianos. Más allá de tus límites –porque tú puedes seguir teniendo tus límites–, la gente percibe en ti una mirada sobre la realidad que no nace de ti, que no te puedes dar a ti misma, que no es el resultado de una estrategia tuya. Es una mirada que se te ha dado, que te ha aferrado. Y se ve que Cristo es un hecho presente porque determina el presente como ninguna otra cosa, más que todos tus límites, más que la forma con que te contesta el paciente, más que los estados de ánimo («no lo siento»). No me interesa lo que sientes o dejas de sentir, me interesa si estás determinada por esa Presencia. Y esto se ve en la forma que tienes de tratar la realidad, independientemente de la coherencia ética, del estado de ánimo, de las circunstancias, de la respuesta de los demás, independientemente de todo. Una presencia original tiene un origen completamente

distinto: la presencia objetiva de Cristo. Porque, si no fuera así, esta mirada distinta no podrías ni siquiera soñarla.

Reacciono ante lo que dices y me uno a la amiga que ha hecho la primera pregunta. Según pasa el tiempo podemos vernos más frágiles. Esto ha sido para mí un motivo de escándalo, porque le decía al Señor en la oración: ¿cómo es posible que me hayas prometido que seré cada vez más hombre, y yo me vea cada vez más frágil? Según pasa el tiempo, me acuerdo muchísimo del episodio de los discípulos ante la tempestad en el lago: tenían a Jesús con ellos, y sabían incluso que Él era la respuesta, hasta el punto de que cuando vacilan, cuando tiemblan, le despiertan. Yo me siento así, porque, en caso contrario –dime dónde me equivoco, si me equivoco– percibo en tus palabras o en la insistencia de esta noche el riesgo de que el cristianismo o la fe se conviertan en una especie de asunto para superhombres. Con el paso de los años me he acabado cansando de mis amigos, que tenían siempre las ideas claras sobre cómo tenía que ser la vida, y a alguno de ellos –lo digo con disgusto–, cuando han aumentado las dificultades, le he visto vacilar. Porque hay un aspecto que hace que yo también estuviera muy confiado cuando encontré el movimiento con catorce años; sin embargo, mirándolo ahora, veo mucha ingenuidad.

La cuestión es si el cristianismo genera gente adulta o gente perdida. Si sucede lo segundo, ¡nos vamos todos a casa! Si Cristo no es capaz de generar una persona capaz de estar ante la realidad, no me interesa el cristianismo.

Pero estás delante de la realidad cuando, ante la tempestad, vacilas; sin embargo, tienes un punto al que pedir...

Tienes un punto al que pedir, es cierto. Pero, ¿no te gustaría que este punto determinase más la realidad, de modo que ante la muerte no estés determinado únicamente por el miedo?

Pero si cuando llegue el momento de la muerte no tengo la presencia de Cristo, a la que puedo pedir ayuda, no sé si podría soportar el impacto de esa circunstancia.

¡Sé perfectamente que es necesario pedir! La cuestión es si el cristianismo es solo una pregunta al nivel del sentido religioso o bien si puedes estar determinado ya por una Presencia a la que puedes pedir porque tienes una familiaridad con ella. Como decía Benedicto XVI: cuando caes, caes en los brazos de Otro. En cualquier caso, la cuestión no se aclara discutiendo, se aclara viviendo. Dice la Escuela de comunidad: la presencia integralmente humana «lleva consigo el método del *encuentro*, el toparse con una realidad exterior a uno mismo», pero este encuentro «tiene un aspecto exterior tan decisivo como el interior (pp. 42-43). Se nos da fenomenal describir el exterior, pero lo que sucede en Juan y Andrés inunda y determina el interior. Y esto genera una criatura nueva, hasta tal punto que la mujer de Andrés se da cuenta, como se da cuenta hoy tanta gente que nos conoce. Por eso, subraya don Giussani, «La actitud ortodoxo-católica concibe el anuncio cristiano como invitación a participar en una experiencia presente integralmente humana, a tener un encuentro objetivo con una realidad humana objetiva, profundamente significativa para la interioridad del hombre, que provoca el sentido y un cambio de la vida, esto es, que irrumpe en el sujeto» (p. 46). Cuando nos identificamos con Juan y Andrés, lo que Giussani describe en ellos es esto: un Hecho objetivo que

abraza por entero al sujeto. Hasta tal punto que después del encuentro con Jesús, Andrés seguía siendo Andrés, pero su mujer le dice: «¿Qué te pasa?», porque percibe algo que ha invadido de tal modo la vida de Andrés que puede reconocerlo otro que no sabe exactamente lo que le ha sucedido, pero que puede verlo porque percibe que le ha cambiado la mirada. Un importante médico de sesenta y cinco años ha asistido al New York Encounter porque conocía a nuestros amigos de allí. Ha contado que había estado toda su vida buscando un sentido y un significado, a veces con el deseo de tirar la toalla, como si no consiguiese cerrar el círculo. Había pasado por el budismo, tuvo relación con algunos protestantes, etc. Al ver el vídeo de los sesenta años de CL (*Un camino hermoso*) en el New York Encounter (a donde no quería ir porque lo consideraba un evento demasiado católico, lo que para él era equivalente a reglas y prohibiciones), después de diez minutos (¡diez minutos de reloj!), dijo: «¡Es esto!». Después se saltó la pausa para la comida porque quería terminar de verlo. ¡La presencia de Cristo es objetiva! Lo es hasta tal punto que cuando alguien que ha estado buscando durante sesenta y cinco años se lo encuentra delante, dice: «¡Es esto!». Y este hecho le ha llevado a buscar a nuestros amigos allí donde vive, porque dice que no quiere perderlo, y describe lo que le ha sucedido en la proyección del vídeo como el evento que ha cambiado su vida y que ha dejado en él una huella duradera que le ha transformado la mente. No es que este hombre sea el último de los sentimentales cuando habla de un evento que le ha cambiado la vida, que le ha dejado una huella imborrable, que ha transformado su mente y que le da una certeza como no había tenido nunca –así lo describe él–; no es que nosotros seamos unos espiritualistas y no hayamos visto el vídeo; lo hemos visto todos, pero al último que ha llegado le bastan diez minutos para captar toda la diferencia que nosotros no vemos habitualmente. No es que no esté – porque el último, el que menos esperaba encontrarla la reconoce–, pero nosotros no la vemos.

Escuchemos ahora a una persona que vino el miércoles pasado, junto a otras personalidades, al estreno del vídeo de don Giussani.

Proyección del vídeo-entrevista a Piero Modiano (Tracce.it: <http://bit.ly/1DZbJmQ>), presidente de Sea-Aeropuertos de Milán, con ocasión del estreno del DVD «Don Luigi Giussani 1922-2005. Su pensamiento, sus discursos, su fe».

Para quien no le ha conocido nunca, ¿qué nos restituye el vídeo de don Giussani?

Sí, efectivamente nunca le conocí. Le he conocido a través del libro [*Vita di don Giussani*], y le he conocido a través de un montón de gente que le ha conocido, por tanto un poco sí le he conocido, aunque indirectamente. Me lo imaginaba, pero me ha impresionado mucho la energía de su voz, sus ojos, la expresión de su rostro cuando habla, porque trasmite una convicción extraordinaria, y una grandísima sencillez de lenguaje, que son cosas que tal vez me esperaba, pero al verlas, al verlas en persona dan sentido a lo que he sabido indirectamente acerca de él; es decir, al verle se cierra un poco el círculo, aunque sea en una grabación.

¿Hay algún pasaje, alguna frase, algún aspecto que le haya impresionado más?

Diría más de una, pero sobre todo la coherencia de todo lo que dice, que es algo que, en mi opinión, habla a la humanidad en general: que el hombre no se basta a sí mismo, que el individuo no se basta a sí mismo, que la historia no se basta a sí misma, que no nos bastamos a nosotros mismos. Y también esta idea de que dentro de nosotros existe la aspiración a algo distinto. Bueno, esto es él: es él en sus libros, en sus amigos, es él que habla. Esto es lo que me ha quedado.

¿Y queda también lo que basta?

¡Desde luego! Se trata de una gran búsqueda, sin embargo, que para él es la fe. [Es] muy emocionante el hecho de que exista este gran río que llegue hasta su madre, y [desde] su madre hasta él. Gran problema, gran misterio, el problema es que es una fe, es una fe que no divide. Algo que he apreciado mucho al conocer ya a mis años a don Giussani: después de haber vivido toda la vida teniendo a Comunión y Liberación al lado de forma contradictoria y discutida –con una idea de una Comunión y Liberación integrista–, descubro que existe una fe que no divide, que es una fe curiosa y acogedora, me parece que en esto último don Giussani –que habla también más allá de Comunión y Liberación– tiene un mensaje modernísimo; la convicción y la fe son capaces de no dividir, sino de ser acogedoras; si se es capaz de esto se habrá resuelto más de un problema de la humanidad.

Carrón. No es que esta persona no haya visto lo que hemos visto nosotros.

Davide Proserpi. Modiano cuenta lo que le ha impresionado de forma tan profunda y llena de razones que creo que cada uno de nosotros podría decir lo mismo de sí mismo, porque ciertamente lo que impresiona más inmediatamente de Giussani es –y nosotros podemos decir que lo hemos experimentado en muchos momentos de nuestra vida– la comunicación de una certeza, una certeza de cemento armado que sin embargo no divide, es más, hace que te entren ganas de ser como él, de seguirle. Y esto que dice Modiano nosotros lo estamos viendo de muchas formas. Mañana saldrá el libro (*Un'attrattiva che muove*) que reúne muchas de las intervenciones que se han hecho con motivo de la presentación del libro de Savorana *Vita di don Giussani*, en las que se pone de manifiesto que se han producido muchos encuentros parecidos a lo que le ha sucedido a Modiano. Pensando en todo esto, lo que me impresiona es que seguramente estas cosas nacen y están ligadas a la figura de don Giussani, pero esto puede ser todavía un juicio superficial, porque tenemos que comprender de verdad qué quiere decir para nosotros. Yo me lo pregunto con respecto a mí mismo. Porque durante mucho tiempo, e incluso ahora podemos verlo, podemos encontrarlo quizá en artículos de periódico, en comentarios, etc., ha existido y existe el intento de dividir, de separar a don Giussani, el fundador, del movimiento, como para decir: don Giussani bien, CL mal. Pero lo que día tras día resulta más evidente es que, a medida que se le conoce, don Giussani se convierte en un punto de interés, de juicio, de curiosidad, y el juicio sobre Giussani y el movimiento está equivocado, como hemos escuchado en el testimonio de Modiano, cuando dice: «Se ha cerrado el círculo», porque el encuentro, el primer encuentro lo ha hecho a través de personas de CL. El movimiento, con su vida, y también el testimonio directo de don Giussani transmitido a través de la vida del

movimiento, está haciendo que el mundo conozca cada vez más a don Giussani. Y aquí, en mi opinión, ya se atisba algo de la conciencia que podemos tener de nuestra tarea hoy por lo que nos ha sucedido; porque juicios como el que acabamos de escuchar no tienen su raíz en una especie de moralidad nueva en el sentido de que –como se decía antes– somos un poco mejores, seremos cada vez mejores. En mi opinión, no es este el problema, no debemos pensar que este es el problema, es más, pienso que esta es la forma con la que, nosotros y los demás, podemos reducir lo que realmente está sucediendo en nuestra historia, como si todo se redujese al problema de ser mejores, en una especie de “moralidad” superior. Yo no me siento para nada identificado con esto. Me parece que el problema es ante todo la propuesta del movimiento, es decir, lo que el movimiento es para sí mismo y para el mundo. La propuesta del movimiento –si somos leales a lo que vemos y nos damos cuenta del alcance que tiene lo que está sucediendo, entre nosotros y fuera de nosotros, de lo que estamos participando– es una sola: la identificación con el carisma. Porque que una persona le pueda decir a Carrón o a uno de nosotros lo que acabamos de escuchar: «Le he conocido a través de un montón de gente que le ha conocido, por tanto le he conocido un poco indirectamente [...] son cosas que tal vez me esperaba, pero al verlas, al verlas en persona dan mucho sentido a lo que he conocido de él indirectamente; es decir, al verle se cierra en cierto modo el círculo», esto ha podido suceder porque a través de lo que ha encontrado ha podido conocer quién es Giussani, y ha podido verlo encarnado en una realidad humana. La cuestión es que esto que resulta tan convincente llegue a ser un factor normal, ordinario dentro de la vida; ordinario, pero que en su carácter ordinario, justamente por la certeza de la fe, se vuelve extraordinario.

Carrón. Este es un ejemplo evidente, que está delante de todos, de cómo uno puede alcanzar una certeza sobre don Giussani en el presente, aunque no le haya conocido, porque Modiano ha alcanzado esta certeza a través del encuentro con personas del movimiento que ha conocido en su vida y que han despertado en él la curiosidad por una relación. Después le invitaron a participar en la presentación de *Vita di don Giussani*. De este modo ha alcanzado la certeza sobre don Giussani. Ahora ha confirmado que es así, pero ya estaba en su experiencia. El vídeo sobre Giussani, como ha declarado, «cierra el círculo». Esta es la única posibilidad, como hemos visto, de alcanzar la certeza sobre Cristo en el presente; ahora, igual que les sucedió a Juan y Andrés. Viviendo una experiencia de la vida como esta te ves cada vez más fascinado. ¿En qué lo ves? En el cambio que se produce en ti. No es que cometes menos errores, sino que estás delante de la realidad con una certeza, con una capacidad de fascinarte, de curiosidad, de inteligencia nueva de la realidad, de consistencia con la que antes no podías ni soñar. Por eso la única posibilidad para nosotros de alcanzar esta certeza es estar inmersos en una realidad como la del movimiento; pero no podemos estar sin darnos cuenta de lo que está sucediendo. Podemos estar delante del vídeo de don Giussani y no entender, de modo que basta que suceda cualquier cosa para que nos sintamos solos, perdidos. Si la pertenencia al movimiento no genera una capacidad de acoger esta diversidad y de generar una persona cierta, siempre estaremos perdidos.

Esto es lo que nosotros ofrecemos: la posibilidad de alcanzar la certeza de la presencia objetiva de Cristo ahora.

Pusimos la exposición sobre don Giussani «De mi vida a la vuestra» en una plaza muy bonita. Fui a repartir panfletos a la entrada para invitar a la gente a ver la exposición. Lo hice el domingo desde las dos hasta las cuatro, llovió muchísimo, habría a lo mejor cuatro grados. Pensé: creo que no hay mucha gente por aquí, me mandarán a casa. Y estaba incluso un poco contento... Después fui y me quedé impresionado. Soy del movimiento desde hace ya bastante, llevo treinta años repartiendo panfletos. Pero nunca me había adherido como ahora, ¡nunca! Estadísticamente, tres de cada diez personas me decían: «¡Ah!»; miraban el panfleto, se giraban y entraban en la exposición. Uno me llegó a decir –en el panfleto estaba escrito: «Yo no quiero vivir inútilmente: es mi obsesión»–: «Esto soy yo. Es más, don Giussani es como yo», y entró. Era un hombre de sesenta años, me quedé muy impresionado. Hubo muchos ejemplos como este. Como estaba lloviendo y había mucho caos, a menudo daba el panfleto (¡empapado!) a gente que salía de la exposición. Salían, yo les daba el panfleto, y ellos me decían: «¡Pero si la acabo de ver!». Yo pensaba: típica excusa que pones para no entrar. Entonces, para ponerles a prueba, preguntaba: «¿Y qué te ha parecido?». Se paraban, se giraban, me miraban a los ojos: «¡Preciosa! ¿Sabes qué es lo que más me ha impresionado? Los chavales que nos la explicaban». «¿Por qué?», «Han hecho que la viviera». Algunas personas me dijeron incluso: «Me gustaría ser así». Uno era del movimiento, y me dijo: «Me gustaría que mi pertenencia al movimiento volviese a esa frescura. El responsable del movimiento de donde yo vivo es una persona que está siempre enfadada, que solo suelta discursos. Me fui de ahí, fui a la parroquia a ayudar al sacerdote que lo necesitaba». A parte de estas anécdotas, me ha sorprendido la disponibilidad de estas personas, de lo que a ellos mismos les sorprendía. Al final me dije a mí mismo: es verdad lo que decimos, que estar dentro de la realidad es la verificación de la fe. Y yo me he dado más cuenta de lo que he encontrado a través de estas personas.

¡Lo más bello son los chavales que explicaban la exposición! A través de ellos, como a través de cada uno de nosotros, puede llegar a los demás la gracia que han recibido. Y la gente lo entiende, y no porque sean mejores o sean buenos, sino por la diferencia, la propuesta, la mirada que llevan consigo. Aunque estén explicándola solos, lo llevan dentro de ellos, porque la certeza de don Giussani se ha convertido en suya.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 25 marzo a las 21:30. Seguiremos trabajando sobre *Por qué la Iglesia*, empezando el tercer capítulo: «Segunda premisa: la dificultad actual para entender el significado de las palabras cristianas». Es un capítulo difícil, por eso es necesario prepararse, pero sin asustarse. Este capítulo tiene la ventaja de que es una ayuda para entender el origen del derrumbamiento de las evidencias que tenemos delante, cómo ha sucedido a lo largo de la historia en los últimos siglos. Por eso puede ser realmente decisivo para acoger en nosotros el origen de la dificultad para comprender el significado de las palabras cristianas, porque nosotros estamos inmersos

en las mismas dificultades que los demás. Yo os propongo dos preguntas: ¿dónde empezó el origen de este derrumbamiento, que ahora es evidente para todos? Y, ¿dónde podemos reconocerlo?

Audiencia del Papa. El 7 de marzo vamos a ver al Papa con gran agradecimiento, porque reconocemos y aceptamos con sencillez, como escribí en la carta, «la vida de cada uno de nosotros depende del vínculo con un hombre, en el que Cristo testimonia su perenne verdad en el hoy de cada momento histórico». La experiencia que otros hacen cuando nos conocen podemos vivirla solo por el vínculo con la fragilidad de este hombre que se llama «Papa». Sin este vínculo no podemos ni soñar con una experiencia como la del movimiento, tanto es así que si no lo reconocemos, nos convertimos en una de las muchas interpretaciones del hecho cristiano que hemos mencionado antes, una de las muchas. Tenemos que decidir. Amigos, ¡tenemos que decidir! Porque no decidir ya es una decisión para hacer otro tipo de experiencia. Cuando el doctor americano, después de diez minutos de vídeo (*El camino hermoso*, que salió con ocasión de los 60 años de Comunión y Liberación), reconoce: «¡Es esto!», él, que había pasado del budismo al protestantismo, a sus sesenta y cinco años dice: «¡Es esto!», y lo dice porque ha entendido la diferencia, pero la ha entendido solo porque nosotros vivimos este vínculo con Pedro. Sin este vínculo no existiría la experiencia del movimiento. Por eso vamos a ver al papa Francisco; no nos vamos de excursión a Roma porque no tenemos nada mejor que hacer, sino que vamos por la conciencia de lo que se juega en nuestra vida y en nuestra experiencia. Por eso, ayudémonos a vivir el encuentro con el Papa ya desde el viaje de ida, hasta la modalidad con la que estaremos en la plaza, siguiendo las indicaciones que permitirán que haya un orden y una belleza, viviendo con atención todos los aspectos del gesto: el canto, la oración, escuchar la lectura de textos, todo. Todavía es posible inscribirse en las comunidades de cada uno. La audiencia también es una ocasión para dar a conocer la experiencia del movimiento. Por eso se ha creado una página de *Facebook* y una cuenta de *Twitter*, para contar cómo nos estamos preparando para la audiencia. El hashtag que ligará todos estos testimonios es: #CLdalPapa.

DVD de don Giussani realizado con motivo de los diez años de su muerte. Como sabéis, el vídeo de don Giussani que salió en el *Corriere della Sera* seguirá en venta en los kioscos hasta el 21 de marzo. En estos días se distribuirá otra edición. Por eso conviene reservar el DVD en los kioscos.

Un atractivo que mueve. Mañana saldrá en las librerías el volumen *Un'attrattiva che muove. La proposta inesauribile della vita di don Giussani*, que recoge las intervenciones de muchas personalidades (intelectuales, periodistas, eclesiásticos, profesores y políticos) que cuentan su encuentro personal con don Giussani a través de la lectura de la *Vita di don Giussani*.

Veni Sancte Spiritus